

Discurso de recepción a doña Adriana Valdés
en la Academia Chilena de la Lengua

FELIPE ALIENDE

28

Con ocasión de la incorporación de Adriana Valdés a la Academia Chilena de la Lengua, he tenido la oportunidad de leer una selección de sus escritos. Ella les ha dado dos nombres tentativos: *Composición de lugar* y *Escrito en Chile*. Creo que ambos nombres son significativos y pueden fundirse en uno solo.

Me vienen a la mente los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola. Los ejercitantes deben levantarse a las cinco y media de la mañana. A las seis en punto deben iniciar media hora de meditación. Para no quedarse dormidos, para impedir que la imaginación juvenil y ardiente se desvíe hacia pensamientos y visiones non sanctas, se recomienda fijar en la noche anterior el tema de la meditación y, por sano consejo de Ignacio de Loyola, hacer una composición de lugar. Si hay que meditar sobre la lucha entre el bien y el mal, nuestra composición de lugar será imaginar un campo de batalla. A la derecha, sobre las alturas, las fuerzas resplandecientes del bien. A la izquierda, en sórdida maraña, las oscuras y monstruosas fuerzas del mal. Dirigiendo la mirada hacia uno y otro campo, la meditación fluirá alada, segura, sin apartarse hacia sendas peligrosas y vanas.

No sin una cierta ironía *retro*, Adriana Valdés ha pensado sus escritos como una composición de lugar escrita en Chile. Su obra crítica es una meditación, una constante reflexión. Su composición de lugar ha sido la visión de este Chile de los últimos años. Más allá de las imágenes que le llegaban a sus ojos, más allá de las palabras que llegaban a sus oídos, más allá de sus muchas lecturas, Adriana Valdés componía el escenario, de lo ficticio y lo real, de lo real y lo ficticio, de una historia, de un acontecer, en el que se mezclaban el dolor de la opresión y el gozo de la vida que siempre sigue y crece. Adriana divide sus escritos en cuatro grupos: los de miedos, los de viajes, los de libros y los de mujeres.

Recordando viejos tiempos, me ha venido en ganas meditar otra vez, en unos renovados ejercicios espirituales, en el sentido profundo de la realidad en que estamos viviendo en este momento al recibir a Adriana Valdés como Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua. Me

resultará muy fácil, porque la propia Adriana me ha proporcionado las composiciones de lugar.

Primera Composición de lugar: La celda de Úrsula Suárez. No, no. No es como ustedes se la imaginan. No se trata de una estrecha y modesta habitación de paredes encaladas, con un tosco camastro de madera, con un doliente crucifijo y una palma bendita como único adorno. La celda de Úrsula Suárez es como una casa. Hay sirvientes y allegados. Allí se come y se cena. Un caballero hipocondríaco, endevotado de nuestra religiosa ha contribuido a su bienestar conventual. Y ahí está Adriana Valdés, junto conmigo, junto con todos nosotros, observando lo que sucede. No podemos hablar mal de Sor Úrsula. Ella se preocupa de dejar muy en claro que nunca usó las "mangas anchas", ni soportó que alguien pusiera mano en ellas; a lo más, dice con ironía "en la faldriquera".

Adriana Valdés está ahí. Observa, reflexiona. Vuela por el tiempo. Comprende que con el paso de los siglos, la vida y los escritos de Úrsula Suárez adquieren nuevas significaciones, nuevos modos de existir. Esos escritos, esa vida, se insertan en una tradición de escritura, en un modo de ser de la mujer de Chile y de nuestra América. Y tras Úrsula Suárez con su autobiografía, están Gabriela Mistral con sus poemas, Paz Errázuriz con sus fotografías, Cecilia Casanova con sus invitados de la memoria, Heddy Navarro con su monólogo de la hembra tardía. Tras el espacio acotado y transcurrido de la celda de Úrsula Suárez está el espacio amplio y actual de la presencia de la mujer en nuestra sociedad. Adriana Valdés mira a Úrsula Suárez y a través de ella a todas las mujeres de nuestra tierra.

Dejemos a Sor Úrsula en su abigarrada celda. En el locutorio la espera un digno caballero aquejado de melancolía que busca consuelo para sus tristezas en la amistad y la gracia de la conversación monjil. Visitemos con Adriana Valdés a Gabriela Mistral.

Segunda Composición de lugar: Gabriela Mistral abandona el valle de Elqui. Ahí está Gabriela Mistral, ya fuera de su valle, mirando hacia el lugar que abandona. Ingresa al "país de la ausencia en que el tiempo transcurrido vuelve fantasmales los lugares, y en que el cambio de lugares vuelve fantasmal al tiempo".

Es el tiempo de la escritura de Tala. Adriana Valdés está ahí y lo contempla. Observa a Gabriela Mistral y trata de entender "la volteadura" de su alma. Gabriela Mistral se constituye como persona ante Dios; se transforma en una anciana sacerdotisa que renuncia a todo, menos a la sabiduría; es la sibila que construye un saber misterioso en "Recado de nacimiento para Chile"; es la machi que remite a nuestro ancestro americano y nos vincula a la naturaleza y al paisaje; asume la máscara de la locura ante las limitaciones de una lógica dominante. Gabriela Mistral escribe Tala y se desconstruye ante el exilio.

Adriana Valdés la mira y la entiende: “Un sujeto particularmente mujer. En el sentido, también de un sujeto ajeno a los sistemas de poder...”. “Un sujeto que originalmente necesitaba de la mirada de otro —o del Otro, con mayúscula, de Dios— para constituirse; y que roto el espejo de esa mirada, verra, vaga, gestualiza el duelo de esa pérdida. El papel preferido, el de la musa, no es ya el suyo en la historia. Entonces, perdido el poder que da el deseo del otro, el sujeto mujer construye su poder solitario en el ascetismo, en la renuncia, en la sabiduría oculta que reservaban los romanos a los misterios femeninos de la vida y de la muerte. Tala es el escenario donde ese sujeto mujer dejó las huellas de su lucha por constituirse, y las huellas también de los diversos sistemas de poder contra los cuales se erigían esas sucesivas construcciones de subjetividades alternativas”.

Adriana Valdés observa a Gabriela Mistral mientras está escribiendo Tala. Como muchos, trata de entender a esa mujer; como muchos, trata de entender esa escritura. Y Adriana Valdés, como muy pocos, entiende mucho y nos ayuda a entender.

Tercera Composición de lugar. Una sala del Departamento de Estudios Humanísticos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile. República 475, todavía digna, todavía hermosa. Brillan las lámparas de muchas luces compradas por Cristián Huneeus. Enrique Lihn y Ronald Kay hablan sobre la textualidad que se textualiza a sí misma para luego retextualizarse erosionada y raída. Cedomil Goic escucha con cara de no estar para nada de acuerdo. Patricio Marchant formula toda clase de protestas lúcidas y atormentadas. Y ahí están Adriana Valdés y Carmen Foxley, profesoras de la Universidad Católica. Es el nacimiento de una inquietud y un entusiasmo. Se ha formado un grupo de académicos y estudiantes que quieren mirar con ojos nuevos la obra literaria y las artes visuales. De ahí surgirán muchas miradas. Las de Adriana Valdés se encontrarán entre las más destacadas.

Ahí está la sala de República 475. Ahí estamos todos entusiasmados, pensativos, inquietos. Vendrán otros tiempos, los del miedo, y mi mano tiembla y mi corazón se oprime, cuando pienso en el cambio de destino de esa sala y de ese espacio en el que soñamos y luchamos por los más altos ideales de la cultura y del espíritu. Más allá de la opresión, originados en esa recordada sala, los escritos de Adriana Valdés sabrán escribir esa historia de miedo, de escritura y silenciamiento.

Adriana hablará sobre los libros: *Casa de campo* de José Donoso, *Umbral* de Juan Emar, la poesía de César Vallejo, *Paradiso* de Lezama Lima, *El rincón de los niños* de Cristián Huneeus, *Flor de Enamorados* de Oscar Hahn, la poesía de Gabriela Mistral, *Diario de Muerte* de Enrique Lihn. Esos y muchos otros libros serán su objeto de crítica y reflexión.

Ahora veo a Adriana Valdés que dirige su mirada a las obras de arte. Conversa largamente con los artistas, examina una y otra vez sus obras.

Adriana Valdés reflexiona, relaciona, contextualiza, sitúa en el acontecer histórico, proyecta más allá de la visión. Roser Bru, Gonzalo Díaz, Alfredo Jaar, Eugenio Dittborn, Paz Errázuriz y muchos otros artistas ven potenciadas y esclarecidas sus obras por la comprensión lúcida que de ella hace Adriana Valdés.

Se apagan las luces de aquella sala del Departamento de Estudios Humanísticos. Los que allí estábamos nos hemos dispersado. Cristián Huneeus, Enrique Lihn y Patricio Marchant enfrentaron la muerte. Otros trabajan en universidades del extranjero. Nuestros alumnos ya son hombres maduros. Se apagan las luces de esa sala, pero no se apagan el entusiasmo y la lucidez de Adriana.

Cuarta composición de lugar: Encuentro con don Yolando Pino.

Viajamos hasta Ignao. Viajamos en tren por el pronto a desaparecer ramal de Río Bueno a Lago Ranco. En una modesta casa de madera calefaccionada por una semidestruida cocina a leña, encontramos a don Yolando. Silencio. Don Yolando, el doctorado en Alemania, el traductor de Rilke, el decano, el profesor, calla reverente ante una modesta anciana. Don Yolando, ya nos lo contó Adriana, escribe dificultosamente a la luz de una vela. La narradora interrumpe su relato para tomar mate. Don Yolando mira a Adriana y sonríe. Sabe que más tarde, en un día como hoy, será comprendido y admirado por ella. La narradora retoma su relato y nos olvidamos de todo para caminar por puentes de cristal, mirar por espejos mágicos y entrar atemorizados al país de irás y no volverás.

Nuestra última composición de lugar es esta sala. La Academia Chilena de la Lengua ha dado un lugar institucional a una obra en gran parte realizada en soledad, en gran parte realizada con efímeros contactos. Hoy Adriana Valdés ya no está sola. Nos enriquece a todos con su presencia y, en cuanto podemos, le damos el reconocimiento y el apoyo que merece. Algo está sucediendo en este instante. En un mundo expuesto al deterioro de todos los valores, aquí en este ámbito, con la presencia de todos nosotros, se están reafirmando los grandes valores de la amistad y el respeto, de la palabra creadora, de la mirada penetrante y lúcida, de la búsqueda incansable de la aventura del espíritu. Adriana Valdés, bien venida, realmente bien venida, a la Academia Chilena de la Lengua.